

El poder de "los celtas": de la Academia a la Política

Gonzalo Ruiz Zapatero*

Resumen

Los Celtas no han tenido en la arqueología europea una significación única. Este trabajo intenta, primero, ofrecer una aproximación al concepto de celta en la arqueología contemporánea y su relevancia en la divulgación histórica. En segundo lugar, realizar un análisis crítico del empleo del concepto de Celtas en los discursos políticos europeos. Finalmente se establece que hoy existen tres posiciones arqueológicas: (a) la clásica con el mantenimiento del concepto étnico de Celtas = cultura de La Tène, (b) el rechazo frontal del propio término de Celtas por los abusos y la metodología peligrosa empleada en su estudio y (c) la posición crítica ante el concepto, que entiende que cualquier crítica deberá hacerse desde dentro del mismo. Esta es la que aquí se defiende. Para ello se recuerda que si los arqueólogos hemos producido una categoría confusa y errónea, nuestra obligación es explicar lo sucedido y en definitiva realizar una compleja tarea de deconstrucción del concepto para ver qué realidad arqueológica queda detrás. Tenemos la responsabilidad de explicar, tanto a la Academia como al público, las percepciones erróneas sobre los Celtas y determinar qué posibilidades existen para una correcta divulgación de los Celtas.

Abstract

In European archaeology the term "Celts" has assumed multiple meanings. This paper intends first, to offer an approach to the concept of Celt in contemporary archaeology and its implications in historical popularization; second, to accomplish a critical analysis of the use of Celts in European political agendas. Finally, three archaeological attitudes to the concept are identified: (a) the classical approach with the straight ethnic concept of Celts equivalent to La Tène

* Departamento de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense de Madrid. España.

culture, (b) the radical approach with the rejection of the concept because it is useless and implies a dangerous methodology, and (c) a critical approach, which adopts the need to develop critics from within the concept itself. I argue in favour of this last position. In this sense, if the wrong and misleading concept has been elaborated by archaeologists, we must explain what has happened and we must pursue a complex task: the de-construction of the Celtic concept in order to find out what archaeological entity remains behind it. We have the responsibility of explaining wrong perceptions on the Celts both to the Academy and the general public, and to determine what possibilities exist for a correct popularization of the Celts.

Para el público interesado y los arqueólogos e historiadores de finales del s. XX, las evocaciones y referencias de los **Celtas** son muy variadas y diferentes. Así, todavía para muchos, un monumento megalítico como Stonehenge se relaciona con los celtas, la “cultura” de La Tène es la cultura céltica por excelencia, los druidas modernos son herederos del druidismo céltico, el mundo Artúrico es un epigonismo celta, la música “celta” contemporánea de los finisterres atlánticos es un eco final del famoso pueblo protohistórico; en fin, el arte irlandés del I milenio d.C. es simplemente la continuidad del arte celta prehistórico. Todo esto y muchas más cosas se asocian con lo celta. Como se asocia el mito de pueblo guerrero con el equipo de baloncesto de la NBA los Celtic Bostons, con los “irreductibles” galos del cómic Asterix y Obelix de Uderzo y Goscinny o con el William Wallace de la película Braveheart dirigida e interpretada por Mel Gibson. Incluso desde hace unos años los “celtas” se han vendido al marketing moderno: Celtica es un parque temático de ocio en Machynlleth, Gales.

Se podrá argumentar que tales excesos “célticos” sólo tienen cabida en mentes poco cultivadas o no académicas, cuestión nada tranquilizadora si tenemos en cuenta que la mayoría de la población se maneja dentro de tales coordenadas, lo que equivale a decir que lo que espera y quiere leer – en el mejor de los casos – es literatura que se mueva en esa órbita. No en balde se ha dicho que probablemente el campo arqueológico que se encuentra más próximo de la “arqueología fantástica” sea la arqueología celta. La avalancha de obras y títulos que bordean el límite de la historia y el esoterismo o que caen abiertamente en este último demuestra que existe un público que pide este tipo de libros y que la demanda es atendida por autores que no son historiadores o arqueólogos. Por otro lado no habría que olvidar que tales ideas y creencias parahistóricas o paracientíficas son las que permiten promover “tradiciones inventadas” y manipular el pasado para un uso sesgado en la práctica política contemporánea. Por lo tanto conocer la percepción que tiene la gente del pasado, en este caso del pasado céltico, es importante en un doble sentido: primero, porque en la construcción de esas percepciones tiene algún papel la investigación histórica – aunque con toda seguridad no el más relevante – y es importante descubrir exactamente cuál es; y segundo, porque sólo a partir de

ese conocimiento estaremos en condiciones de decidir la mejor estrategia para divulgar el discurso académico a un público lo más amplio posible y para intentar corregir los errores más comunes.

Pero es que dentro del mundo académico las cosas, en cierto modo, no están mucho mejor. Los excesos celtistas de algunos investigadores, la pervivencia de los viejos paradigmas de principios de siglo y la descarada manipulación del concepto de celta ha conducido a algunos autores a la renuncia de la categoría étnica de celtas en Arqueología y aún a ¡ La militancia contra los celtas ! De alguna manera en la investigación actual sobre los celtas los planteamientos están enfrentados en tres bandos: los que defienden el concepto tradicional, los que buscan unos celtas más “críticos” y los que reivindican unas sociedades de la Edad del Hierro europea sin celtas (Ruiz Zapatero, 1993). La lucha incruenta, pero a veces con la “ferocidad céltica” reconocida por los autores clásicos, en congresos, revistas y monografías no ha hecho más que comenzar. Por otra parte creo que el “desconcierto académico” ayuda objetivamente al crecimiento de los celtas fantásticos aunque nadie lo haya reconocido.

En este artículo pretendo abordar las siguientes cuestiones: primero, una aproximación al concepto de celta en la actual investigación arqueológica y su relevancia en la divulgación, segundo, una evaluación crítica del uso de los celtas en el discurso político europeo y español, y por último, como consecuencia de los dos puntos anteriores, una breve reflexión sobre la actitud que deberían adoptar los arqueólogos hacia los celtas en la doble vertiente investigadora y divulgativa.

1. ¿Unos o muchos celtas?

El concepto de celtas en la arqueología europea, desde el último tercio del s. XIX, no ha sido unívoco, ha tenido diversas connotaciones, siempre sin significados precisos, lo que ha permitido toda clase de interpretaciones, especulaciones y prejuicios (Ruiz Zapatero, 1993). Exactamente lo mismo que ha sucedido con la categoría de “celtas” entendida en su multiplicidad de planos: el histórico, el lingüístico y el arqueológico. En otras palabras el concepto de “los celtas” es un constructo moderno. Lo que no quiere decir que carezca de valor o simplemente sea erróneo; más bien significa que su aparición es el resultado de una actividad discursiva y creativa, que su plural uso intelectual puede ser históricamente analizado y que lleva la impronta de un buen número de connotaciones y presupuestos ideológicos (Leersen, 1996, p. 3-4). Todo ello puede ser encerrado dentro del término de “Celticismo” (Brown, 1996), entendido no como el estudio de “los celtas” y su historia sino como el estudio de su reputación y de los significados y connotaciones adscritas al término “Céltico”. Y en tanto que “Céltico” es una idea con una aplicación amplia y variable el “Celticismo” es un tema importante y complejo de la historia de las ideas europeas: la historia de lo que la gente ha querido que significara ese término (Leersen, 1996, p. 3). Dentro del “Celticismo” la acepción arqueológica es una de las posibles: lo que de hecho se ha querido significar desde el estudio de la cultura material. Aunque la historia de las ideas arqueológicas sobre “los

celtas” no se pueda separar de la historia de las ideas generales sobre ellos; es más sólo desde esa perspectiva se pueden descubrir las claves para entender a “los celtas arqueológicos” (Champion, 1996). Esto significa reconocer que no ha habido “unos celtas”, sino muchos “celtas”, y que probablemente el error histórico permanente ha sido el de tratar de identificar a “los celtas”, como algo uniforme, homogéneo y de contornos supuestamente bien definidos (Ruiz Zapatero, 1993, p. 23 ss.).

El estudio de “los celtas arqueológicos” exige considerar previamente dos cuestiones. Primero, la caracterización de los celtas en los textos clásicos de la antigüedad grecorromana, y segundo la construcción del concepto entre los siglos XVI y finales del XIX, con una especial consideración de los estudios lingüísticos. La primera cuestión nos permitirá esbozar los rasgos esenciales de “los celtas históricos” y la segunda definir los contornos de los “celtas filológicos”. Es preciso conocer las imágenes de esos celtas para comprender la historia de la construcción del concepto en arqueología, ya que sus connotaciones, aciertos y errores han impregnado los constructos arqueológicos. Creo que necesitamos iniciar una enorme tarea en nuestra disciplina: la deconstrucción del concepto “céltico”.

Los primeros estudios sobre los celtas surgieron de los textos clásicos de escritores griegos y romanos. Las fuentes escritas antiguas constituyeron por tanto la base para el establecimiento de la primera identidad céltica (Rankin, 1989, 1995). La arqueología tuvo necesariamente que ser interpretada a la luz de lo que aquellas decían. Lo que sucede es que una cosa es lo que las fuentes clásicas dicen, que obviamente no puede tomarse al pie de la letra, otra lo que se ha pretendido que digan, y otra más lo que realmente puede extraerse a través de una aproximación crítica y contextual.

En la historiografía griega los celtas (**keltoi**) son mencionados por primera vez alrededor del 500 a.C. como los habitantes de la Europa central y occidental. De estas primeras referencias (Avieno, Hecateo de Mileto y Herodoto) quedan bien establecidos dos hechos. Primero, que los **keltoi** tienen fundamentalmente un contenido geográfico – pobladores no-griegos del Occidente europeo – y segundo que no constituyen una categoría étnica precisa, aún más, que no implica ni mucho menos un autoreconocimiento étnico por parte de esas poblaciones. A finales del s. IV los encontramos otra vez, con escuetas referencias, como invasores de Macedonia y el mundo helenístico y como mercenarios en distintos ejércitos de pueblos mediterráneos. La información más completa y detallada corresponde ya a las dos últimas centurias antes del cambio de era, fundamentalmente en las obras de Poseidonio, Estrabón, Diodoro y Julio César. Entre los autores latinos el término de **Galli**, sinónimo de **keltoi**, fue ampliamente utilizado en el sentido de oposición al mundo romano y con una ubicación en sus extremos Norte y Noroeste. También aparecen otros muchos nombres de pueblos, no quedando en absoluto claro si **Galli** tiene una identidad cultural, étnica y lingüística, y aún suponiendo que así fuera no existe ningún criterio para caracterizar esa identidad. Por otro lado hay que ser muy consciente de que las noticias transmitidas, además de la inevitable distorsión de quienes escriben desde fuera de esas culturas “bárbaras”, tienen una validez, espacial y temporal, muy concreta: aquella de los contextos históricos tratados. Por contra la historiografía ha tendido a elaborar un concepto de “celtas históricos” basado en la mera acumulación de informaciones de diferentes áreas

y momentos cronológicos, produciendo así unos “celtas” fuera del tiempo y del espacio (Ruiz Zapatero, 1993, p. 28), unos “celtas” paneuropeos (Fitzpatrick, 1996, p. 240) y casi únicos protagonistas del primer milenio a.C. (Uenze, 1993). Sólo muy recientemente se ha criticado esa metodología por parte de los arqueólogos (Champion, 1985) y se ha empezado a ofrecer interpretaciones críticas de los textos clásicos (Berger, 1992; Dunham, 1995). En un extremado criticismo, aceptando que **keltói** y **Galli** deben ser leídos como los nombres griego y romano para “los otros”, se ha llegado a sugerir que, “los celtas” fueron “imaginados” entonces al igual que lo están siendo en la actualidad (Gwilt, 1996, p. 699).

La primera línea de conocimiento de los antiguos celtas fue, por tanto, la historia reconstruida a partir de las fuentes clásicas. La segunda fue la lingüística histórica. En el s. XVII hubo algunos intentos por analizar y explicar la variabilidad idiomática del mundo. En la siguiente centuria se descubrió que las lenguas habladas por los antiguos celtas tenían relación entre sí y también a su vez con lenguas más recientes del área atlántica (Bretaña e Islas Británicas). Algo más tarde se estableció la pertenencia del grupo de lenguas célticas al tronco lingüístico indoeuropeo. Con ello, de alguna manera, se superpuso al concepto de “celtas históricos” el concepto de celta como pueblos de lengua céltica. A partir de entonces se impone un criterio básico que ha llegado hasta nuestros días: celtas son aquellos que hablan lenguas célticas. Lo que resulta evidente es que la pertenencia a una familia lingüística no implica una identidad étnica o cultural, pero tampoco es aceptable reducir lo “céltico” exclusivamente a la esfera lingüística, como indican incluso algunos notables lingüistas (Evans, 1995). Además se establecía una continuidad o nexo de relación entre los celtas de la Edad Antigua y los “celtas” de épocas más tardías, Medioevo y Edad Moderna; continuidad que, con más o menos matizaciones algunos se empeñan en sostener (Chapman, 1992, p. 69), y otros califican de “fantasías célticas” (Collis, 1994b).

Los primeros “celtólogos” de los s. XVI al XVIII sólo tuvieron la posibilidad de volver a las fuentes clásicas para buscar a los antiguos celtas, pero a ello se unieron fantasías y elucubraciones sin fundamento (Bernier, 1990), además de las deducciones lingüísticas. En todo caso el proceso de deconstrucción reclamado más arriba sólo ha empezado a realizarse sobre este periodo de los estudios célticos, con trabajos como el de Delaporte (1992) sobre *L'Histoire des Celtes* de S. Pelloutier (1740) o el de Collis (en prensa) sobre G. Buchanan y su *Rerum Scotticarum Historia* (1582). La lectura de las fuentes clásicas por estos pioneros del celticismo debe enmarcarse no sólo en el redescubrimiento de los textos antiguos y su reverencia como fuentes de información del pasado, sino también en la emergencia del estado moderno y la redefinición de identidades de grupo en términos de grupos étnicos y más tarde naciones, como bien ha destacado Champion (1996, p. 64). Aunque el tratamiento de los antiguos celtas fue diferente según los países, éstos siguieron siendo un pueblo en la sombra, mal definido, y conocido sólo por las fuentes clásicas.

Desde la perspectiva arqueológica es importante destacar como hallazgos y excavaciones arqueológicas en sitios de la Edad del Hierro de Centroeuropa, a partir de los años treinta del s. XIX, comenzaron a aportar datos sobre las poblaciones del final de la Prehistoria, que con el tiempo permitirían su vinculación con los celtas históricos. Las ricas tumbas del Valle del Rin se

empezaron a conocer en las décadas de 1830 y 1840, las excavaciones de Ramsauer en la necrópolis de Hallstatt se iniciaron en 1848, el yacimiento de La Tène se descubrió en 1856 y en Francia las excavaciones en Alesia y otros sitios dieron comienzo a principios de la década de 1860. La interpretación de toda esta nueva información se realizó en dos frentes distintos mediante el establecimiento de una cronología relativa de la Edad del Hierro desde la tradición arqueológica escandinava, y la identificación de equipos metálicos y un estilo artístico, el latenense, como célticos por parte de investigadores alemanes, ingleses y franceses (Champion, 1996, p. 69-70). A comienzos de la década de 1870 las dos aproximaciones fueron confluyendo. El sueco H. Hildebrand propuso en 1872 una división de la Edad del Hierro en dos etapas: Hallstatt y La Tène, que con retoques y periodizaciones internas ha llegado hasta nuestros días. Mientras tanto desde la otra tradición se empezó a razonar lo que se podía atribuir a los celtas históricos. Y así quedó bien establecido que el material atribuido a los celtas correspondía claramente a la Segunda Edad del Hierro o fase de La Tène. Se estableció por tanto un puente entre historia antigua y arqueología: los celtas históricos adquirirían de esta manera un “rostro arqueológico”.

Todo lo anterior sentó las bases de muchos de los principios de la Edad del Hierro, que alcanzaron su mejor expresión en la obra del francés J. Dechelette (1908-1914): la ecuación de los términos celta y La Tène; la interpretación del material latenense como la genuina expresión material de un grupo étnico definido de celtas; la asimilación de las cuestiones sobre el origen y expansión de la cultura de La Tène con las preguntas sobre el origen y expansión de los celtas; la restricción del término céltico a las últimas fases prehistóricas; la posibilidad de una continuidad entre La Tène y la fase anterior hallstática abriendo así la identificación de unos celtas más antiguos; el papel fundamental de los objetos metálicos y especialmente del estilo artístico como rasgos esenciales del periodo latenense y por tanto de la cultura céltica, y por último la importancia dominante de este material en el estudio de la Edad del Hierro final (Champion, 1996, p. 70-71). Esta acepción de lo céltico, con todos los matices de detalle que se quiera, es la que ha prevalecido en la investigación arqueológica de lo celta, una larga etapa, de casi un siglo, que he denominado de configuración del concepto céltico (Ruiz Zapatero, 1993, p. 40-49). Sólo en los años 1980 se ha iniciado una nueva etapa de crítica de ese concepto.

El criticismo hacia los celtas arqueológicos o latenenses pasa por reconocer que el término celta ha tenido en realidad una multiplicidad de acepciones que han tendido a confundirse o superponerse. Esas acepciones configuran lo que podríamos llamar el “caleidoscopio céltico”, ya que efectivamente se consigue una observación de bellas imágenes, que se multiplican y confunden al ir moviendo el tubo, esto es el punto de vista del observador (fig. 1). Los diferentes planos de significación o “visiones” de lo céltico han sido bien resumidas por C. Renfrew (1990, p. 175-76): 1) pueblos que eran denominados así por los autores grecorromanos; 2) pueblos que se llamaban celtas a sí mismos; 3) grupo lingüístico definido por los investigadores modernos; 4) grupo arqueológico de la Segunda Edad del Hierro de la Europa centro-occidental: cultura de la Tène; 5) estilo artístico de la Segunda Edad del Hierro: arte latenense; 6) “espíritu céltico”, supuestamente reconocible en los rasgos atribuidos a los celtas por los autores clásicos, como belicosidad, independencia,

heroísmo, individualismo, etc.; 7) arte irlandés de primer milenio d. C.; 8) la “herencia céltica”, valores actuales de la sociedad occidental supuestamente provenientes de alguna de las acepciones anteriores.

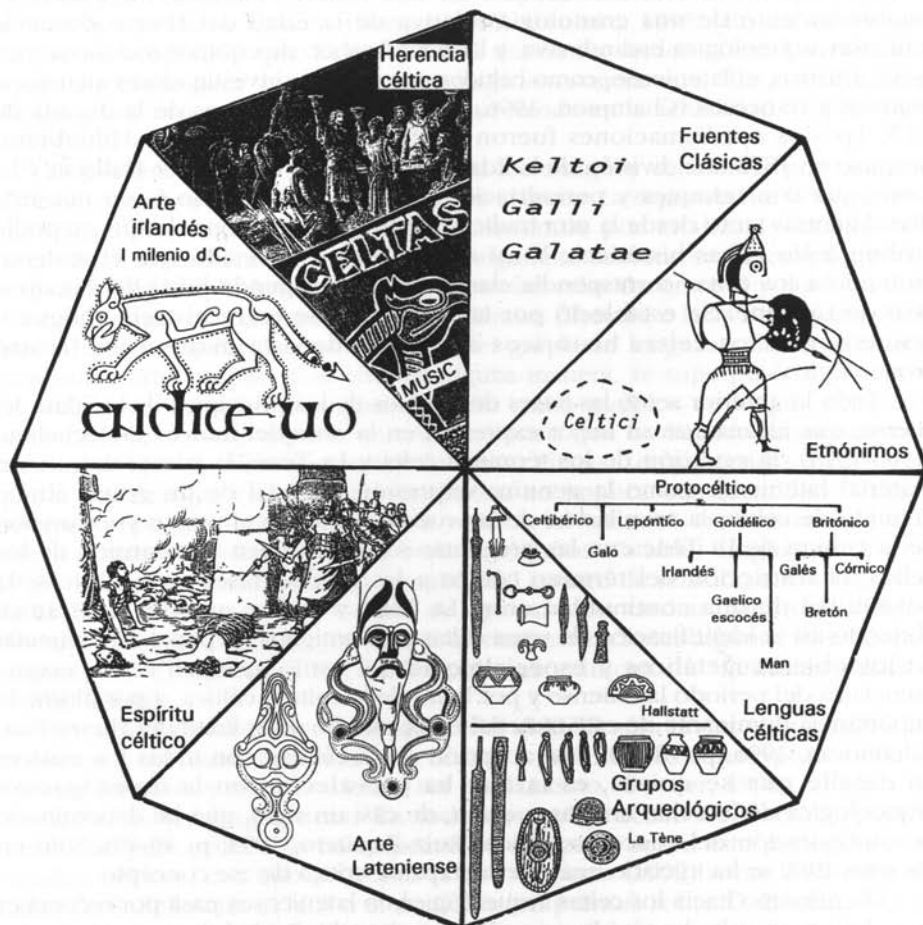


Fig. 1 – El “caleidoscopio céltico” o las múltiples acepciones de celta.

El concepto tradicional en arqueología ha identificado cultura de La Tène y arte latenense como señas de identidad de lo celta. Además a esos celtas arqueológicos les infundían vida las fuentes clásicas y la épica irlandesa (Jackson, 1964), aún cuando esta última sea muy posterior a la Segunda Edad del Hierro. No resulta así extraño que, dejando fuera los numerosos hallazgos de las últimas décadas, las síntesis de los celtas de hace cuarenta o cincuenta años se parezcan tanto a las actuales. La reducción de Europa a la “Europa céltica”, aún cuando en propiedad los supuestos territorios célticos representen sólo un

30% del continente, sigue siendo algo común en libros y enciclopedias sobre la Prehistoria de Europa. Igual sucede con las imágenes “típicamente célticas”, repetidas hasta la saciedad, como el caldero de Gundestrup o el famoso escudo del Támesis, por más que se puedan expresar razonables dudas sobre su celticidad. Lo celta no sólo sigue siendo ambiguo sino que su protagonismo deja fuera a otros grupos de la Edad del Hierro europea (Fitzpatrick, 1996, p. 240-41).

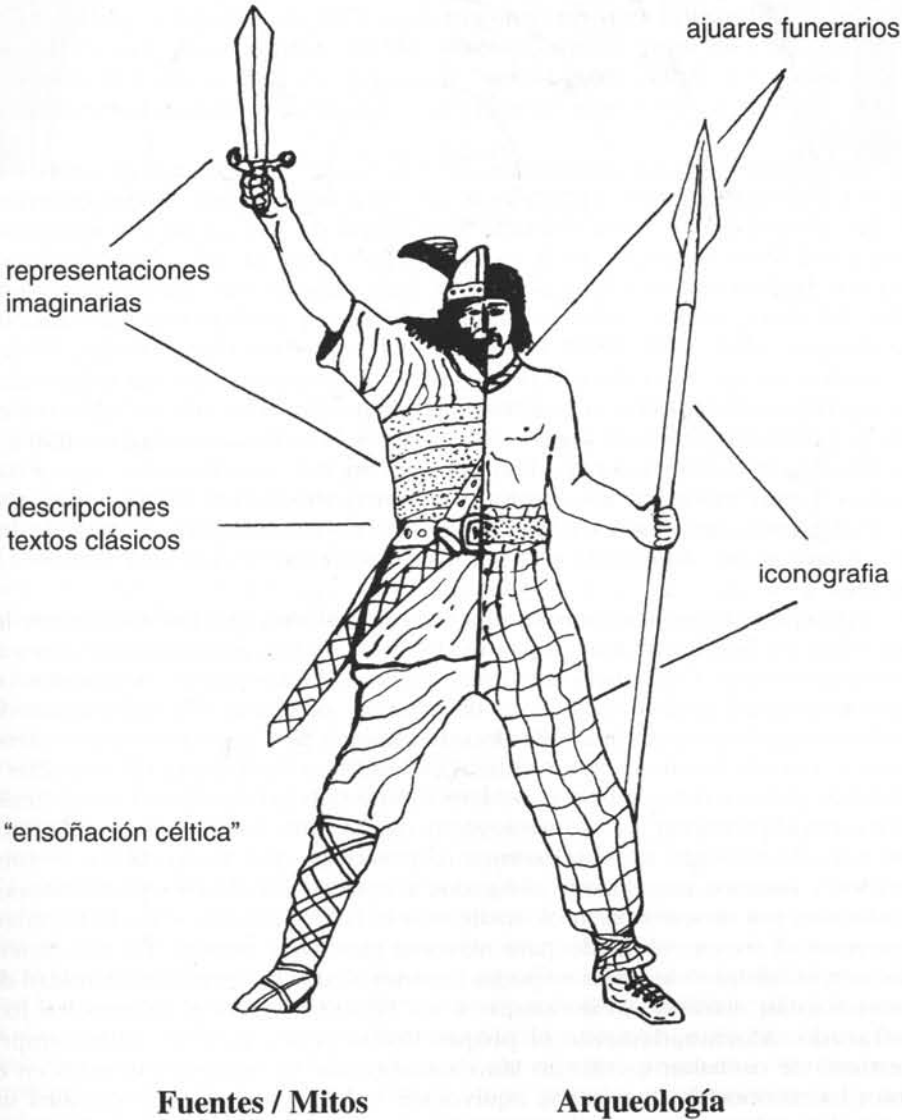


Fig. 2 – El celta bifronte de la Arqueología tradicional.

El celta de la arqueología tradicional se puede calificar como un celta *bifronte*, y en gran medida un “celta inventado” (fig. 2). La esencia de ese celta esta dividida entre la información aportada por la arqueología – armamento, adornos, y otros elementos materiales junto a la iconografía – y los datos contenidos en las fuentes clásicas y aún medievales, a los que se suman las representaciones imaginarias asumidas y buena parte de lo que se denomina la “ensoñación céltica”. La amalgama de esos materiales ha producido unos “celtas inventados”, que como señalaba más arriba están fuera del tiempo y del espacio. Quizás por eso en los últimos años los libros de celtas, que utilizan este término con un innegable gancho de mercado, se han visto obligados a una mínima concesión y así los títulos son: “Los celtas en Normandía”, “Los celtas de Bohemia”, etc... Por un lado se salva la identidad céltica, por otro se gana interés en el título, y además se matiza la variabilidad espacial.

La permanencia casi invariable de ese “cliché” tradicional de celta y la aparición de enfoques más críticos es lo que ha producido que desde comienzos de los años 1980 se haya iniciado una etapa de crítica de ese concepto tradicional (Ruiz Zapatero, 1993, p. 49 ss.). La crítica ha sido abanderada por algunos prehistoriadores británicos, que han dirigido sus dardos hacia una Edad del Hierro céltica uniforme, familiar, próxima y predecesora inmediata de “lo europeo” (Hill, 1989, 1992), la idea de una “sociedad céltica” (Collis, 1994a), la creencia en un “arte céltico” (Taylor, 1991), la aceptación de una religiosidad céltica (Fitzpatrick, 1991) o la existencia de un “espíritu céltico” (Merriman, 1987). Vease una reacción contra estos críticos británicos en algunos trabajos de los Megaw (1995 y 1996). Hay que reconocer, no obstante, que estas críticas – muy justas en mi opinión en la mayoría de los casos – no dejan de representar posiciones minoritarias en la Arqueología europea de los celtas, que sigue dominada por las visiones de las tradiciones francesa y alemana.

Por último, habría que señalar una tercera posición, que personalmente he defendido en otro lugar (Ruiz Zapatero, 1993): la de una aproximación crítica al concepto de celta. En esencia creo que si queremos exponer las inconsistencias y problemas del modelo tradicional de celta no podemos renunciar a hacerlo desde dentro de ese paradigma. Es decir la solución propuesta por autores como J. Collis, uno de los más severos críticos del celtismo tradicional, de renunciar a hablar de celtas y tratar sólo con poblaciones de la Edad del Hierro, en el fondo no afronta el problema. Los arqueólogos hemos creado una historiografía céltica con más de un siglo de vida, somos responsables por tanto de los errores creados y estamos moralmente obligados a corregir los desvíos y confusiones producidos por nosotros mismos, nadie más lo hará y además si no lo hacemos dejaremos el terreno abonado para mayores excesos y errores. En mi opinión sólo con el “disfraz” de celtas se podrá desenmascarar la verdadera identidad de quienes están detrás y así denunciar a los “disfrazados” y a quienes los han disfrazado. Afortunadamente el propio Collis (1996, p. 176), que siempre presumió de no haber escrito un libro sobre celtas, ni siquiera con éstos en el título, ha reconocido que estaba equivocado y ha anunciado que escribirá un libro sobre celtas. Estoy seguro que será una gran contribución en la línea que juzgo más acertada.

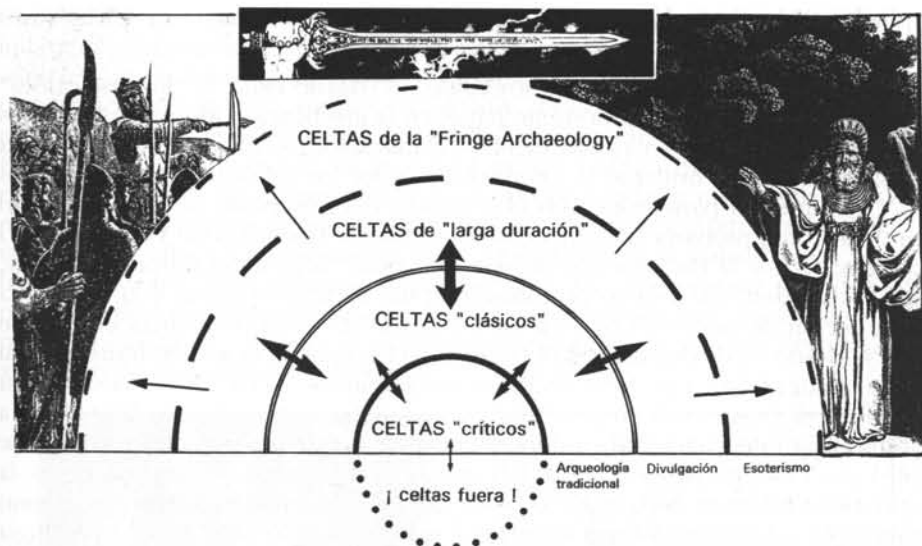


Fig. 3 – Modelo concéntrico de las diversas clases de “celtas”.

Las tres posturas en la arqueología contemporánea sobre la investigación de los celtas: la tradicional, la que niega todo valor al concepto incluso el propio nombre y la crítica desde los planteamientos convencionalmente asumidos, explican las diferentes clases de celtas que encontramos poblando libros y textos, académicos y de divulgación, pretendidamente serios y absolutamente fantasiosos. Así creo que hay unos “celtas críticos” en fase de construcción, entre sombras y luces y en proceso de análisis y caracterización; unos “celtas clásicos”, los de la arqueología tradicional; unos celtas de “larga duración”, los que extienden el concepto a la Edad Media y aún las supuestas pervivencias modernas, y finalmente unos celtas de la “arqueología fantástica”, que proliferan en los libros y revistas de la New Age (fig. 3). Las relaciones entre los celtas de esos diversos ámbitos son ambiguas, interesadas y aún manipuladas, pero existen. Por ejemplo es muy curioso observar como en las listas bibliográficas de los libros de celtas más fantasiosos y exotéricos se encuentran títulos clásicos de arqueología céltica, reclamando de una u otra manera un componente serio e histórico. Ciertamente no resulta exagerado afirmar que es en la arqueología céltica donde los autores de la “Fringe archaeology” están más próximos de la arqueología académica (Hill y Cumberpatch, 1993, p. 132). De alguna manera los contornos de los diferentes celtas se van difuminando a medida que nos alejamos del núcleo de las posturas críticas (tanto de la que acepta explorar su significado desde la “realidad céltica” como la que niega la categoría y prefiere investigar desde posiciones “no-célticas”). Por el contrario “los Celtas” se perciben más nítidamente y sin problemas desde las posiciones externas del modelo “de capas de cebolla” propuesto. No existen simplemente “los Celtas”, en realidad en el mundo académico y el de la divulgación y creencias populares se encuentran diversas categorías de celtas, aunque desde algunas posiciones no se perciba esta pluralidad.

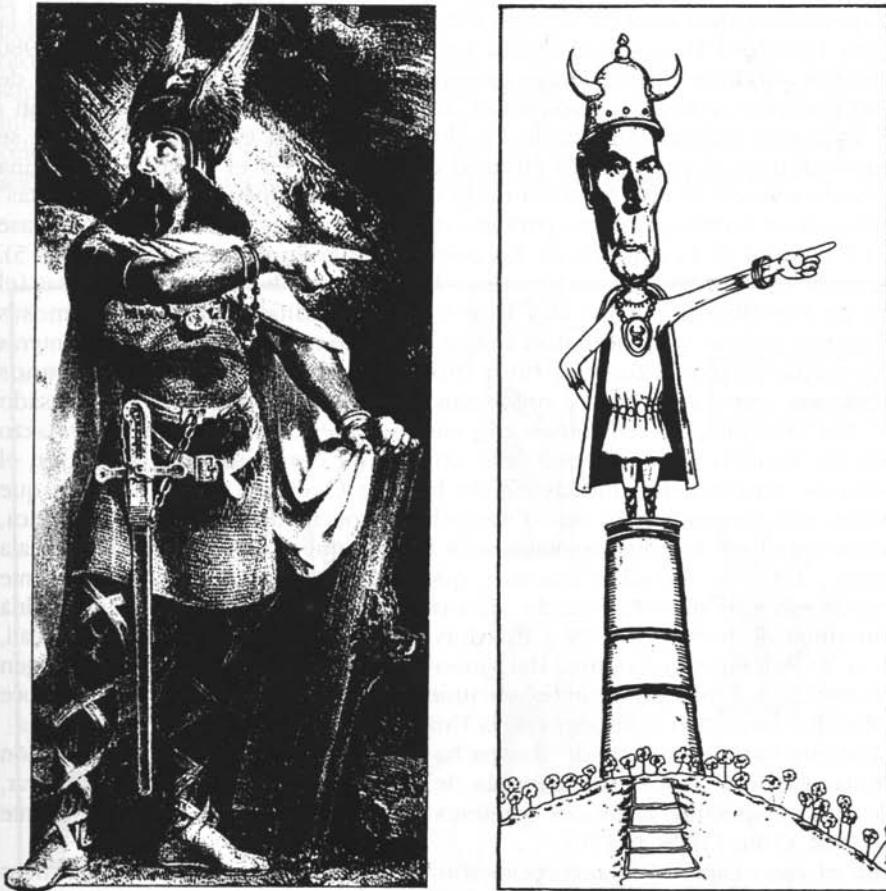
2. Celtas, nacionalismo y manipulación política

En la Europa contemporánea los celtas, el pasado celta, la “Europa céltica” han jugado, y juegan, un importante papel en la justificación ideológica de ideas y proyectos políticos en varios niveles contradictorios, que recientemente ha analizado de forma brillante M. Dietler (1994). Así los celtas han sido invocados en: (1) la unidad paneuropea en el contexto del desarrollo de la Comunidad Europea, como probaría la magna exposición sobre Los celtas de Venecia (1991) patrocinada por la Fiat, que los presentaba como “la primera Europa” (Megaw, 1992), una suerte de esbozo protohistórico del Mercado Común y la UE; (2) la construcción de nacionalismos en países de la UE, como evidencia el caso de Francia desde mediados del s. XIX buscando el origen de la nación francesa y su primera identidad en “Nos ancêtres les Gaulois”; y (3) en la resistencia regionalista frente a la hegemonía nacionalista, como el caso bretón o la rocambolesca declaración de independencia de la Padania frente al gobierno de Roma por Umberto Bossi, líder de la Liga Norte, invocando, entre otras cosas, la especificidad histórica de la Italia al Norte del Po por ser la Italia “céltica”. Como arqueólogos deberíamos tener interés en analizar de que manera la arqueología ha colaborado o ha sido utilizada en estas “tradiciones inventadas”, según el término de Hobsbawm (1983), y cuál ha sido su papel en las reclamaciones y peticiones de las “comunidades imaginadas” (Anderson, 1983).

En la Europa actual ese análisis cobra especial relevancia, cuando los intentos de construcción de unidad europea están marcados por un retorno de nacionalismos xenófobos como los que han llevado a la guerra en la antigua Yugoslavia o en repúblicas de la antigua URSS; cuando se emplea el pasado para justificar fronteras y extender certificados de “indigenismo” al servicio de políticas fascistas y racistas o cuando la intolerancia étnica está cobrando en algunos países cotas muy preocupantes (Kurtz, 1995, p. 44; Ruiz Zapatero, 1994).

En el caso del nacionalismo francés, y siguiendo el análisis de Dietler (1994, p. 587-593), hay que recordar que la Francia posterior a la Revolución de 1789 era un caso típico de estado anterior a la nación y por lo tanto necesitado de la elaboración de un sentido de identidad nacional. La unidad e identidad nacional se buscó en la antigüedad de una herencia étnica común y los galos servían perfectamente a esos propósitos (Fleury-Ilett, 1996). El propio Napoleón acrecentó la tradición popular republicana de identidad Gálica fundando la Academia Céltica en 1805. A partir de ahí se intensificará la construcción de un mito nacionalista heroico fundado en el pasado celta y especialmente centrado en la figura de Vercingetorix, el famoso jefe galo (Lyon-Caen, 1994). A mediados del siglo XIX Napoleón III creó el Museo Nacional de Antigüedades y financió las excavaciones de los principales sitios de la Edad del Hierro: Bibracte (sitio donde se gestó la unidad gala contra Roma), Gergovia (victoria de los galos sobre César) y Alésia (plaza de la derrota final gala). En este último sitio mandó erigir una estatua de Vercingetorix modelada con su propio rostro. Vercingetorix se convirtió en héroe nacional, a pesar de que en realidad todo lo que se sabía de él procede de algunos pasajes de César y la iconografía de algunas monedas (Simon, 1989; VVAA, 1994b). El mito fue repetido hasta la saciedad en esculturas, cuadros, obras literarias y textos escolares de Historia de Francia

(Amalvi, 1984; Hartman, 1989; Ehrard, 1994). Varias generaciones de estudiantes iniciaron sus conocimientos históricos con la famosa frase que comenzaba “Nos ancêtres les Gaulois”. La identidad de lo francés moderno con los antiguos galos quedó perfectamente establecida (VVAA, 1994a). En tiempos recientes el presidente socialista François Mitterrand dió una importante alocución en Bibracte en 1985 como símbolo de “la primitiva unidad francesa”, relanzó las excavaciones con un ambicioso proyecto europeo todavía en marcha e incluso pidió que a su muerte se le enterrara en el Mont Beuvray (Mitterrand, 1985). Se vió en todo ello a Vercingetorix como un símbolo de la cohabitación política francesa de los años ochenta (Lémie, 1985) (fig. 4). Aunque la utilización partidista de los mitos antiguos explica que, ese mismo año, en una fiesta del partido político de extrema derecha Frente Nacional se pudiera ver el slogan xenófobo de “La Galia para los Galos”.



NOS ANCÊTRES LES GAULOIS

Fig. 4 – Grabado del s. XIX de jefe galo y caricatura de Mitterrand encarnando el arquetipo (según Fleury-Ilett, 1996).

La profunda identidad francesa actual con los antiguos galos se puede descubrir en muchos y diversos aspectos de la vida francesa, desde las historietas de Astérix el Galo o el Parc Astérix, contrapartida “gala” a la colonización americana del Parque Eurodisney, a los miles de cafés y bares que se llaman Les Gaulois o los cigarrillos Gauloises (Dietler, 1994, p. 593). Pero volviendo a casos como el de Bibracte, sólo muy recientemente se ha criticado que la subvención de proyectos arqueológicos guiados por criterios ideológicos y de oportunidad política puede sesgar los intereses estrictamente científicos y crear incómodas servidumbres a la arqueología (Fleury-Ilett, 1996).

La extensión del mundo céltico buena parte de Europa Central y Occidental ha servido para organizar grandes exposiciones sobre “Los Celtas” en las que, sobre el trasfondo de la construcción de una Europa más unida, éstos han servido para promover la visión de un prototipo prehistórico de armonía cultural y política europea (Champion, 1996, p. 76). Desde 1980 se han celebrado más de una docena de exposiciones de éste carácter, así una muestra sobre la Primera Edad del Hierro hallstática organizada en Steyr (Austria) en 1980 llevaba por subtítulo *Frühform der europäischer Einheit* (Una antigua forma de unidad Europea) y la gran exposición de Venecia de 1991 tuvo por slogan *I Celti: la prima Europa*. Siguiendo las directrices de la Comisión Europea se intenta enfatizar el patrimonio cultural compartido en el pasado como una manera de reforzar la construcción de la identidad europea actual. “Los Celtas” constituyen un buen argumento para ese discurso y se les presenta como la base étnica y cultural de la mayoría de los pueblos de la Europa Occidental (fig. 5). Aunque en esta visión quedan fuera una buena parte de regiones europeas (el Norte de Europa, la Europa del Este y áreas mediterráneas), las famosas migraciones célticas y la influencia céltica extienden notablemente las fronteras de “lo céltico”. Los excesos, bien intencionados sin duda, de algunos arqueólogos son manifiestos y proyectan el actualismo político en el pasado celta. Por ejemplo, en el prólogo del catálogo de la exposición del Palazzo Grassi de Venecia se decía que “fue concebida con la mente puesta en el importante proceso de unificación de Europa Occidental, un proceso que apuntaba elocuentemente al único verdadero aspecto de la civilización céltica, básicamente el ser la primera civilización históricamente documentada a escala europea... Creímos, y todavía creemos, que unir aquel pasado con este presente no era de ninguna manera forzado, sino por el contrario esencial, y que podría remontarnos de forma efectiva a nuestras raíces comunes” (Leclant y Moscati, 1991, p. 4). Mientras que el final del video de la exposición recogía una imagen en la que de los más importantes yacimientos celtas europeos emergían doce estrellas que formaban la bandera de la Unión Europea.

Por otro lado el Consejo de Europa ha creado un Comité para la promoción de “Rutas Célticas”, como una fórmula de turismo cultural tendente a mostrar, desde otra perspectiva, las raíces comunes europeas, presidido paradójicamente por el Prof. Collis (1996, p. 176).

En el caso español la incorporación de “los celtas” a discursos políticos resulta más matizada que los ejemplos anteriores. La base “racial” de los primeros pobladores históricos fue reconocida desde antiguo como de celtas e iberos, aunque algunas interpretaciones arqueológicas no resultasen muy serias, y las manipulaciones interesadas se desarrollan desde principios del siglo XX. El régimen franquista, en sus primeros años, propició manipulaciones ideológicas

tendientes a favorecer un panceltismo (Ruiz Zapatero, 1996). Pero el caso más evidente fue el del nacionalismo gallego del siglo XIX que realizó una reconstrucción histórica voluntarista de los celtas que explica, en gran medida, la importancia del celtismo en la actualidad (Barreiro Fernandez, 1988 y 1993; Barros, 1994). Celtismo que incluso fue negativo, en algunos aspectos, para el desarrollo de la arqueología gallega (Pereira, 1996). Aunque en nuestros días encontremos posiciones poco o nada celtistas y ciertamente el “celtismo” del NO sea tardío y deudor de estímulos meseteños, eso no ha sido obstáculo para la profunda identificación popular con “lo celta”, reconocible en imágenes de la vida cotidiana como el equipo de fútbol del Celta de Vigo o la existencia de una leche Celta, leche de Galicia. El celtismo académico ha producido una anécdota significativa como el título de la nueva edición del libro de F. López Cuevillas “La civilización céltica de Galicia” (Madrid, Istmo 1989), donde se ha cambiado la preposición “en” de la edición anterior por “de” (Acuña, 1990). El discurso político gallego incorporaba el celtismo porque la antigüedad de ese pueblo otorgaba un prestigio a la Comunidad actual y porque, de alguna manera, suponía una identificación con el “buen salvaje”, lo puro, lo noble, anterior a influjos bastardos o mistificaciones posteriores. Aunque al final no llegó a celebrarse, Galicia fue la Comunidad que aceptó organizar una gran exposición sobre Celtas hace un par de años. No era casual esa voluntad política.

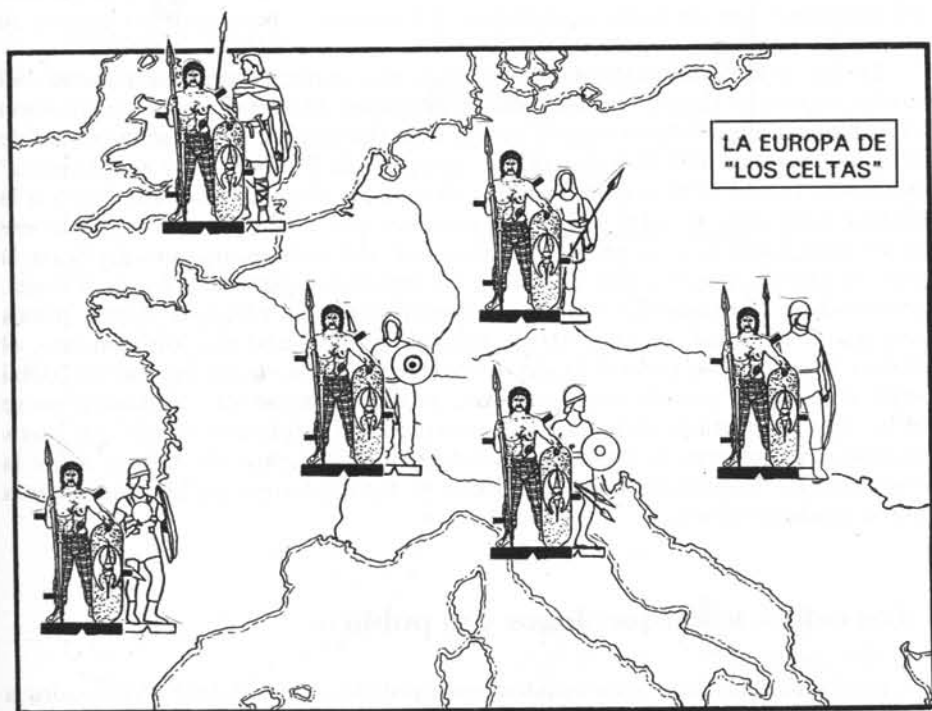


Fig. 5 – La Europa lateniense o de “los celtas” como precedente de la unidad europea. Sobre la diversidad de poblaciones de la Segunda Edad del Hierro se ha impuesto el modelo de “el celta”.

En otros casos, como en Cantabria (Gómez Tabanera, 1991), se ha reaccionado frente a excesos de “celtismo popular” reclamando mayor seriedad investigadora (Pereda, 1990), mientras que el partido leonesista incluía en su campaña de espacios gratuitos en la televisión estatal, en las elecciones generales de 1994, una referencia al pasado que aludía a “recios gritos célticos”. En fin, la renovación de estudios sobre los Celtíberos en los años ochenta (Ruiz Zapatero, 1993, p. 54 ss.) ha producido un cierto sesgo en el estudio de la Celtiberia, que potencia más una Celtiberia del Valle del Ebro o del Sistema Ibérico y la Meseta según se realice desde Aragón o Castilla y León. Las numerosas iniciativas aragonesas incluso han creado sanas envidias en tierras castellanas (Grupo Saas/2 1995).

Un noticia reciente demuestra como el pasado percibido con sus connotaciones políticas influye en la toma de decisiones aparentemente inocentes. Una muestra internacional sobre *Los Iberos*, que se verá en París, Bonn y Barcelona entre octubre de 1997 y agosto de 1998, patrocinada conjuntamente por España, Francia y Alemania ha sido recientemente abandonada por el Ministerio de Educación y Cultura español aduciendo problemas presupuestarios. Y ha sido una entidad privada, la Fundación de La Caixa de Cataluña, la que ha decidido correr con los gastos. Según su director general la exposición se montará en Barcelona “porque esta ciudad siempre ha estado más cerca de los íberos que Madrid, más próxima a los celtas” (*El Mundo*, 14 marzo 1997). Las percepciones de celtas = Madrid = centralismo/ “españolismo” por un lado, y de íberos = Cataluña = nacionalismo catalán se pueden adivinar en esas palabras.

En fin, a falta de manipulación política más explícita, un caso reciente del mundo deportivo puede considerarse significativo. Me refiero a la clasificación del Numancia, un modesto equipo de segunda división de la pequeña ciudad de Soria, en la Copa del Rey de fútbol (temporada 1995-1996) y su “heróica” resistencia frente al Barcelona en una disputada eliminatoria, que llevo a la máxima audiencia de televisión unos partidos que no habrían despertado ese interés sino hubiera sido por la “politización” del enfrentamiento. En Soria la gente se identificó con la resistencia de los antiguos numantinos frente a Roma, sacudiéndose la frustración de una pequeña provincia olvidada donde nunca pasa nada, mientras en el resto de España, salvo Cataluña lógicamente, el público aficionado se puso del lado del Numancia como representante del débil frente al fuerte. El pasado se revivió en la metáfora deportiva: “Numancia no se rinde” fue la portada del diario deportivo *As* (2 febrero 1996). En otros periódicos y emisoras de radio se reprodujeron fragmentos de Apiano sobre la resistencia de Numancia y los jugadores se fotografiaron en las ruinas de la famosa ciudad celtibérica.

3. Los celtas, los arqueólogos y el público

Los celtas han sido confundidos, manipulados, disfrazados y obligados a representar papeles que no les corresponden. Eso es cierto como hemos visto a lo largo de las páginas anteriores, como es cierto que han sido oscurecidos por estudios modernos, pero no son completamente un producto de mitos

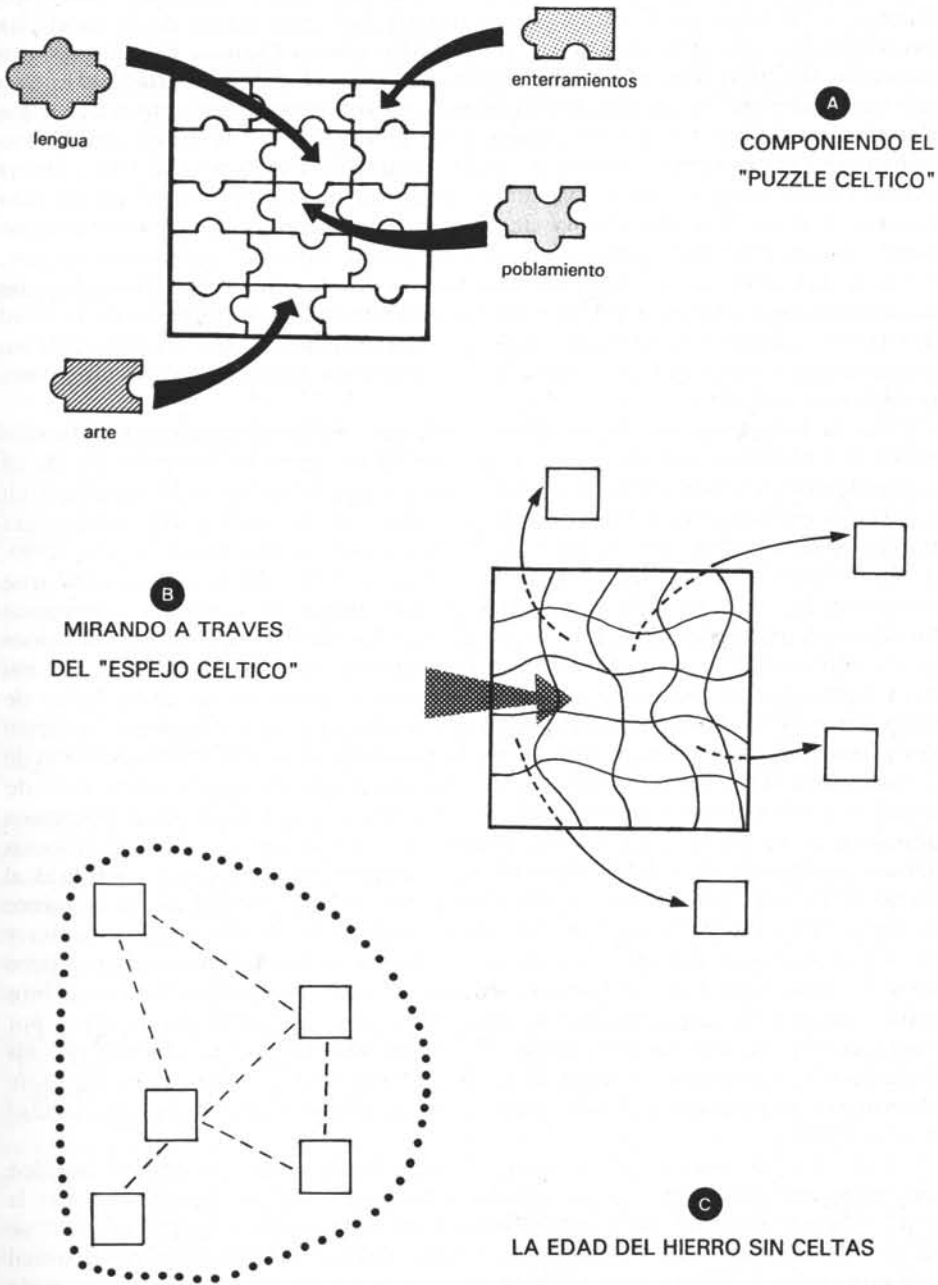


Fig. 6 – Modelo de las aproximaciones arqueológicas a la problemática celta.

nacionalistas ni simplemente una creación de la definición étnica imperialista del siglo XIX (Fritzpatrick, 1996, p. 251). Por el contrario, “Celtico”, “Edad del Hierro” y “Europa” son ideas importantes y los criticismos de la moderna investigación no invalidan a las propias fuentes antiguas. Es más exigen examinar la variabilidad regional y explorar la arqueología de la Edad del Hierro reconociendo que es un constructo teórico en vez de simplemente rellenar los detalles de un gran y único esquema de la Europa de la Edad del Hierro “Céltica” (Fritzpatrick, 1996, p. 251). Negar la existencia de los celtas prehistóricos porque otros han manipulado su imagen es negar un pasado posible y presentar una forma de lo que es arqueológica y políticamente correcto que está mal fundamentada y es potencialmente peligrosa (Megaw, 1995, p. 241). Por eso no estoy de acuerdo en que la noción de celtas -aunque ha llegado a ser un mito moderno que ha dificultado la comprensión de la Edad del Hierro europea y ha producido mucha confusión – sea abandonada en arqueología y relegada al campo de la lingüística histórica (Renfrew, 1996, p. 132-33).

En la búsqueda de “los Celtas” creo que como arqueólogos debemos explicitar nuestras metodologías, controlar el uso que se hace de los datos arqueológicos y tener una idea clara de que es lo que tratamos de conseguir en nuestros estudios del pasado. Todo esto nos llevará a reconocer las implicaciones políticas y sociales de lo que estamos haciendo (Collis, 1995, p. 83). Como, compartiendo la perspectiva política de J. Collis, creo que debemos intentar demostrar nuestra común herencia europea y nuestras identidades regionales y de grupo; informar a los demás sobre las limitaciones de las inferencias arqueológicas; pero por encima de todo emplear la historia para demostrar el disparate del conflicto étnico, tanto en su uso ilógico de símbolos y de la historia como por el daño que ocasiona a quienes se dejan llevar por él (Collis, 1996, p. 176). Y para ello el camino es la deconstrucción de la categoría de celta acuñada en la historia europea desde hace más de trescientos años. Sólo a partir de la crítica constructiva del concepto podremos descubrir la realidad oculta tras los clichés convencionales, clichés que nosotros hemos construido y estamos moralmente obligados a deconstruir y explicar al público. Es demasiado tarde para conseguir borrar a los Celtas de la mente popular (Piccini, 1996, p. 98). La gente tiene sus visiones de lo celta y va seguir demandando libros e información, si nosotros como arqueólogos no se lo proporcionamos, no seamos ingenuos, otros, con peores conocimientos e intenciones, lo harán con toda seguridad. Quizás la batalla perdida por ahora es que en ese terreno, el de la divulgación, la popularización de “los Celtas” los arqueólogos apenas hemos realizado esfuerzos. Si hay que “denunciar” por impostores a los celtas clásicos, debemos explicarlo con claridad al gran público.

Las tres posiciones teóricas de la arqueología ante “los celtas” pueden resumirse operativamente en las siguientes metáforas (fig. 6). En primer lugar, la arqueología tradicional sigue empeñándose en componer el “puzzle céltico”, se da por descontado que existen una cultura céltica, un arte céltico, un ritual funerario céltico, una sociedad céltica, etc... y por tanto de lo que se trata es de ir rellenando esos ámbitos con los datos adecuados. El problema es que esas categorías generales y únicas no han existido nunca, lo que necesitamos es explorar la variabilidad y significado dentro de cada una de esas esferas. La

segunda posición, la “realidad” céltica contempla como un espejo que deforma la imagen, por eso la tarea tiene que ser mirar a través de ese “espejo céltico” para reconstruir las imágenes deformadas por la historiografía. La imagen céltica sólo puede corregirse desde los clichés manipulados. El último modelo, el de la Edad del Hierro sin celtas, no aborda realmente el problema, se coloca fuera de él y deja en otras manos las afirmaciones sobre los celtas.

Bibliografía

- ACUÑA, F. (1990) – Recensión. *Gallaecia*. 12, p. 369-370.
- AMALVI, C. (1984) – De Vercingetorix a Asterix, de la Gaule a De Gaulle ou la métamorphoses idéologiques et culturelles de nos origenes nationales. *Dialogues d'Histoire Ancienne*. 10, p. 285-318.
- ANDERSON, B. (1983) – *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of nationalism*. Londres: Verso.
- ARNOLD, B. y GIBSON, D. B. (eds.) (1995) – *Celtic Chieftdom, Celtic State*. Cambridge: C.U.P.
- BARREIRO FERNANDEZ, X. R. (1988) – La Historia de la Historia. Aproximación a una historiografía gallega (siglos XVI-XIX). En CASTRO, X. y JUANA, J. de, dirs. – *Historiografía Gallega. IX Jornadas de Historia de Galicia*. Orense: Diputación Provincial. p. 15-80.
- BARREIRO FERNANDEZ, X. R. (1993) – A Historia da Historia. Aproximación a unha historiografía galega: de Murguía a Risco. En BERAMENDI, J. G. coord., – *Galicia e a Historiografía*. La Coruña: Tórculo Edicións. p. 183-209.
- BARROS, C. (1994) – Mitos de la historiografía galleguista. *Manuscripts*. 12, p. 245-266.
- BERGER, P. (1992) – Le portrait des Celtes dans les Histoires de Polybe. *Ancient Society*. 23, p. 105-126.
- BERNIER, G. (1990) – Les Celtologues du XVI^e au XVIII^e siècle. *Revue Archéologique de l'Ouest. Suppl.* 2, p. 377-380.
- COLLIS, J. R. (1986) – Adieu Hallstatt! Adieu La Tène! *Revue Aquitania Supplement*. 1, p. 327-330.
- COLLIS, J. (1994a) – Reconstructing Iron Age Society. En KRISTIANSEN, K. y JENSEN, J. eds. – *Europe in the First Millennium*. Sheffield: J. R. Collis Publications. p. 31-39.
- COLLIS, J. (1994b) – Celtic Fantasy. *British Archaeological News*. Ns. 11, p. 5.
- COLLIS, J. (1995) – Celts, power and politics: whither Czech archaeology? En KUNA, M. y VENCLOVA, N. eds. – *Whither Archaeology? Papers in Honour of Evzen Neustupny*. Praga: Institute of Archaeology. p. 82-92.
- COLLIS, J. (1996a) – Celts and politics. En GRAVES-BROWN, P.; JONES, S. y GAMBLE, C. eds. – *Cultural Identity and Archaeology. The Construction of European Communities*. Londres-Nueva York: Routledge. p. 167-178.
- COLLIS, J. (1996b) – Across the great divide. En CHAMPION, T. C. y COLLIS, J. eds. – *The Iron Age in Britain and Ireland: Recent Trends*. Sheffield: J. R. Collis Publications / University of Sheffield. p. 1-4.
- COLLIS, J. (en prensa) – George Buchanan and the Celts in Britain. En *10th International Congress of Celtic Studies*. Edimburgo. 23-29 de julio, 1995.
- CHAMPION, T. (1996) – The Celt in Archaeology. En BROWN, T. ed. – *Celticism*. Amsterdam-Atlanta: Rodopi. p. 61-78.

- CHAPMAN, M. K. (1992) – *The Celts: the construction of a myth*. Basingstoke: Macmillan.
- DECHELETTE, J. (1908-1914) – *Manuel d'Archéologie préhistorique, celtique et gallo-romaine*. Paris. 4 vols.
- DELAPORTE, A. (1992) – L'histoire des Celtes du Pasteur Simon Pelloutier, Leipzig, 1694, Berlin, 1757 – une prescience des Indo-européens? *Etudes Indo-européens*. p. 155-207.
- DIETLER, M. (1994) – "Our ancestors the Gauls": archaeology, ethnic nationalism and the manipulation of Celtic identity in modern Europe. *American Anthropologist*. 96, p. 584-605.
- EHRARD, A. (1994) – Vercingétorix dans les Beaux – Arts et les Arts Graphiques. En VVAA – *Vercingétorix et Alesia*. Paris: Reunion des Musées Nationaux. p. 341-349.
- EVANS, D. E. (1995) – The early Celts: the evidence of language. En GREEN, M. J. ed. – *The Celtic World*. Londres: Routledge. p. 8-20.
- FITZPATRIC, A. P. (1991) – Celtic – Iron Age – religion: Tradition and timeless? *Scottish Archaeological Review*. 8, p. 123-128.
- FITZPATRIC, A. P. (1996) – "Celtic" Iron Age Europe: the theoretical basis. En GRAVES-BROWN, P.; JONES, S. y GAMBLE, C. eds. – *Cultural Identity and Archaeology. The Construction of European Communities*. Londres-Nueva York: Routledge. p. 238-255.
- FLEURY-ILETT, B. (1996) – The identity of France: Archetypes in Iron Ages studies. En GRAVES-BROWN, P.; JONES, S. y GAMBLE, C. eds. – *Cultural Identity and Archaeology. The Construction of European Communities*. Londres-Nueva York: Routledge. p. 196-208.
- GOMEZ TABANERA, J. M. (1991) – Leyenda y realidad del celtismo cántabro-astur. En *XX Congreso Nacional de Arqueología, Santander, 1989*. Oviedo. Sobretiro de las Actas. Zaragoza.
- GREEN, M. J. (ed.) (1995) – *The Celtic World*. Londres: Routledge.
- GRUPO SAAS/2 (1995) – El mundo celta desde la Celtiberia. *Abanco, Cosas de Soria*. 12, p. 27-28.
- GWILT, A. (1996) – Ageing structures and shifting ideologies. *Antiquity*. 70, p. 699-702.
- HARTMANT, J. (1989) – Historiographie d'un mythe. L'invention de Vercingétorix de 1865 à nos jours. *Histoire Historiographie*. 15, p. 3-16.
- HILL, J. D. (1992) – Can we recognize a different European past? A contrastive archaeology of later prehistoric settlements in southern England. *Journal of European Archaeology*. 1, p. 57-75.
- HILL, J. D. (1995) – How should we understand Iron Age societies and hillforts? A contextual study from Southern Britain. En HILL, J. D. y CUMBERPATCH, C. G. eds. – *Different Iron Ages. Studies on the Iron Age in Temperate Europe*. Oxford. p. 45-66. (BAR. Inter. Ser.; 602).
- HILL, J. D. y CUMBERPATCH, C. G. (1993) – Volviendo a pensar la Edad del Hierro. *Trabajos de Prehistoria*. Salamanca. 50, p. 127-137.
- HOBSBAWM, E. J. (1983) – Introduction: Inventing Traditions. En HOBSBAWM, E. J. y RANGER, T. eds. – *The Invention of Tradition*. Cambridge: Canto. p. 1-14.
- HOZ, J. de (1992a) – The Celts of the Iberian Peninsula. *Zeitschrift für Celtische Philologie*. 45, p. 1-37.
- JACKSON, K. H. (1964) – *The Oldest Irish Tradition: a Window on the Iron Age*. Cambridge.
- KALB, P. (1993) – Sobre el término celta en la investigación arqueológica de la Península Ibérica. En UNTERMANN, J. y VILLAR, F. eds. – *Lengua y Cultura en la Hispania Prerromana*. Salamanca: Universidad. p. 143-157.
- KURTZ, W. S. (1995) – Lo Céltico en el contexto de la arqueología europea. En VELAZQUEZ, A. y ENRIQUEZ, J. J. eds. – *Celtas y Turdulos: la Beturia*. Mérida. p. 9-48. (Cuadernos Emeritenses; 9).

- LEERSSEN, J. (1996) – Celticism. En BROWN, T. – *Celticism*. Amsterdam-Atlanta: Rodopi. p. 1-20.
- LECLANT, J. y MOSCATI, S. (1991) – Foreword. En MOSCATI, S. ed. – *The Celts*. Milán: Fabbri. p. 3-4.
- LEMIE, C. (1985) – Vercingétorix, le symbole de la cohabitation. *L'Histoire*. 83, p. 76-79.
- LYON-CAEN, C. (1994) – Le mythe des gaulois, la littérature et l'histoire de France. *Antiquités Nationales*. 26. p. 177-184.
- MEGAW, J. V. S. y M. R. (1992) – The Celts: the first Europeans? *Antiquity*. 66, p. 254-260.
- MEGAW, R. y V. (1995) – The prehistoric Celts: identity and contextuality. En KUNA, M. y VENCLOVA, N. eds. – *Whither Archaeology? Papers in Honour of Evzen Neustupny*. Praga: Institute of Archaeology. p. 230-245.
- MEGAW, J. V. S. y M. R. (1996) – Ancient Celts and modern ethnicity. *Antiquity*. 70, p. 175-181.
- MITTERRAND, F. (1985) – Allocution prononcée par M. François Mitterrand [sic], Président de la République, au Mont Beuvray, mardi 17 Septembre 1985. *Nouvelles de l'Archéologie*. 21, p. 51-55.
- PEREDA, S. (1992) – Sobre celtas y cántabros: de la atracción al engaño. *Cota Zero*. Barcelona. 1, p. 49-50.
- PEREIRA, F. (1996) – Unha contribucion o estudio da historia da arqueoloxía galega: o emprego da información arqueoloxica en Galicia, 1800-1922. *Gallaecia*. 14-15, p. 7-29.
- PICCINI, A. (1996) – Filming through the Mists of Time. Celtic constructions and the Documentary. *Current Anthropology*. 37, Supplement, p. 87-111.
- PIGGOTT, S. (1989) – *Ancient Britons and the Antiquarian Imagination*. Londres: Thames and Hudson.
- RANKIN, H. D. (1989) – *Celts and the Classical World*. Londres: Routledge.
- RANKIN, H. D. (1995) – The Celts through classical eyes. En Green, M. ed. – *The Celtic World*. Londres: Routledge. p. 21-33.
- RENFREW, C. (1990) – *Arqueología y Lenguaje. La cuestión de los orígenes indoeuropeos*. Barcelona: Crítica.
- RENFREW, C. (1994) – The identity of Europe in prehistoric archaeology. *Journal of European Archaeology*. 2. 2, p. 153-173.
- RENFREW, C. (1996) – Prehistory and the identity of Europe or, don't let's be beastly to the hungarians. En GRAVES-BROWN, P.; JONES, S. y GAMBLE, C. eds. – *Cultural Identity and Archaeology. The Construction of European Communities*. Londres-Nueva York: Routledge. p. 125-137.
- REYERO, C. (1992) – Los temas históricos en la pintura española del s. XIX. En DIEZ, J. L. dir. – *La pintura de Historia del siglo XIX en España*. Madrid: Museo del Prado. p. 37-68.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1993) – El concepto de Celtas en la Prehistoria europea y española. En ALMAGRO, M. y RUIZ ZAPATERO, G. eds. – *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid: ed. Actas. p. 23-62.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1994) – Arqueología y discurso político: el pasado como arma. *Arquítica*. 8, p. 12-13.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1996) – Celts and Iberians: ideological manipulation in Spanish archaeology. En GRAVES-BROWN, P., JONES, S. y GAMBLE, C. eds. – *Cultural Identity and Archaeology. The Construction of European Communities*. Londres-Nueva York: Routledge. p. 179-195.
- RUIZ ZAPATERO, G. y ALVAREZ, J. (1995) – Prehistory, story-telling and illustrations: the spanish past in school textbooks, 1880-1994. *Journal of European Archaeology*. 3. 1, p. 213-232.
- SIMON, A. (1989) – *Vercingétorix et l'Ideologie Française*. Paris: Editions Imago.
- TAYLOR, T. (1991) – Celtic Art. *Scottish Archaeological Review*. 8, p. 129-132.

TOVAR, A. (1986) – The celts in the Iberian Peninsula: archaeology, history, language. En SCHMIDT, K. H. ed. – *Geschichte und Kultur der Kelten*. Heidelberg. p. 68-101.

UENZE, H. P. (1993) – Ein keltisches Jahrtausend? Kontinuitat und Diskontinuität. En DANNHEIMER, H. y GEBHARD, R. eds. – *Das keltische Jahrtausend: Ausstellungskataloge der*

Prähistorischen Staatssammlung. Mainz: von Zabern. 23, p. 7-14.

VVAA (1994a) – Dossier: La vérité sur les Gaulois. *L'Histoire*. 176, p. 34-51.

VVAA (1994b) – *Vercingétorix et Alesia*. Paris: Reunion des Musées Nationaux.